

AGUA Y POBLAMIENTO EN EL SURESTE

JOSÉ LUIS SIMÓN GARCÍA
FERNANDO SIMÓN OLIVER
Universidad de Alicante

Resumen:

El agua es el principal factor en la elección del establecimiento de una comunidad humana y un condicionante fundamental en su posterior desarrollo, hasta el punto de obligar ante su escasez a abandonar espacios que durante siglos habían sido habitados. La complejidad de su naturaleza, ya sea como aguas superficiales, dulces y saladas, o subterráneas, han hecho necesario el desarrollo de estrategias complejas para su aprovechamiento.

Palabras claves:

Acuífero, Sureste, Holoceno, Poblamiento, Yacimiento.

Abstract:

The water is the principal factor in the choice of the establishment of a human community and one determining fundamental in his later development, up to the point of forcing before his shortage to leave places that for centuries had been lived. The complexity of his nature, already it is like superficial, sweet and salty, or underground waters, they have made necessary the development of complex strategies for his utilization.

Keywords:

Aquifer, southeast, Holocene, settlement, site.

I.- INTRODUCCIÓN

Seguir el ciclo del agua en todas sus variantes nos permite viajar por los tipos y cambios acontecidos en los modos de vida de un territorio, por lo que su estudio durante las últimas décadas nos conduce por un camino en el que se muestran las estrategias adoptadas por los grupos humanos para sobrevivir y mejorar sus condiciones de vida. El sureste, y más concretamente el sector oriental de la actual provincia de Albacete, se caracteriza por un clima mediterráneo en transición al continental, en el que las precipitaciones son más bien escasas, dando lugar a unos nichos ecológicos muy concretos, en el que el recurso hídrico ha condicionado los lugares y tipos de asentamientos de las comunidades humanas, las posibilidades de aprovechamiento del medio natural y las actividades económicas a lo largo de todo Holoceno, desde la Prehistoria hasta la actualidad.

El ámbito concreto del presente artículo son las tierras orientales de la actual provincia de Albacete, delimitadas por el Cañón del Júcar al norte, entre los límites de la tierra de Alarcón y el Valle de Ayora-Cofrentes, por el sur el altiplano murciano y el campo de Hellín, al este el Puerto de Almansa y las cabeceras de La Costera y el Vinalopó y los llanos de Albacete por el oeste. Este territorio sin llegar a ser uniforme presenta una cierta homogeneidad en muchos de sus aspectos geográficos, por lo que se convierte en un lugar idóneo para fijar el foco sobre los condicionantes y las formas de aprovechamiento que del agua han hecho sus habitantes a lo largo de la Historia (Fig.1).

Se trata de un territorio de transición entre el litoral mediterráneo y el borde de la Meseta Sur, donde se mezclan y aúnan elementos de ambos dominios geográficos. Sin que podamos considerarlo como un valle o pasillo continuo, permite el tránsito entre el litoral mediterráneo con el centro de la Meseta Sur, empleando el Valle del Vinalopó, el Altiplano de Yecla-Jumilla y en menor medida La Costera valenciana, que nos conduce a los Llanos de Albacete y de ahí hacia la Alta Andalucía, la Serranía conquense o el corazón de La Mancha.

La disposición mayoritaria de los relieves, al menos en su mitad sur, es esencialmente de suroeste a noreste, lo que les adscribe a los últimos dominios septentrionales de las Prebéticas, mientras que los relieves de la mitad norte, con una dirección noreste a suroeste les vincula a los últimos dominios meridionales del Sistema Ibérico. Entre ambos se abren valles, como el de Almansa, fosas como las de Corral Rubio o la de Higuera-Alpera, depresiones terciarias o triásicas, como las Fuente La Higuera-Caudete y hoyas consecutivas, como las que se desarrollan hasta Chinchilla. Es un espacio esencialmente llano que desde la Prehistoria fue utilizado como una zona tránsito de personas, animales y ganados. Esto no significa, como algunos investigadores han querido ver, que sea una zona exclusiva de paso, sino que se ha visto favorecida por la dificultad de tránsito de otras áreas colindantes, como el Valle de Ayora, el Cañón del Júcar o las Hoces del Cabriel (Mora y López 1988).

Los conjuntos serranos y los cerros testigos se adscriben al Cretácico, caracterizado por plegamientos suaves, como las Sierras de Chinchilla, Higuera, de La



Figura 1.-Situación del área de estudio y emplazamientos de los yacimientos y elementos citados en el texto

Oliva, Timonares o Cegarrón, que crean planicies en su parte alta, a una cota superior a los 1000 m, con un acceso relativamente fácil tanto para personas como animales, ya sean silvestres o ganados. Junto a ellos aparecen relieves asilados, basculados, o cerros testigos pertenecientes a calcarenitas del Terciario, con un origen marino, que debido a la erosión permite la creación de numerosos abrigos en sus vertientes verticales, que terminan por caracterizar la zona y que serán ocupadas de forma constante por casi todos los grupos humanos de la comarca.

Estas características permiten una amplia visibilidad desde muchos de los relieves del territorio, sin que ello signifique un control o dominio efectivo sobre el mismo, sino un factor que quizás se deba de tenerse en cuenta a la hora de efectuar los análisis de distribución territorial de los asentamientos.

El clima ha sido calificado como mediterráneo con una gran influencia continental, más acusada conforme nos desplazemos hacia el oeste, pese a la escasa distancia entre los extremos de la comarca (Ponce 1989). Un elemento clave son las precipitaciones torrenciales y estacionales, principal causantes de la erosión del relieve, junto a periodos de sequía y estiaje prolongados, algo que todavía hoy queda plasmado en las advocaciones religiosas de los pueblos de la zona. La aridez de la comarca, unida a procesos de deforestación y los materiales geológicos de una parte importante del territorio, han supuesto unos procesos erosivos muy intensos que han transportado al fondo de los valles y cubetas ingentes cantidades de suelo, que al impedir el avenamiento del mismo crea lagunas y navas con cierta facilidad, al tiempo que fertiliza los suelos, lo cual atrajo a las primeras comunidades agrícolas de la zona, cuyas evidencias han quedado cubiertas, condicionando de este modo la identificación de sus restos o su presencia mediante las técnicas habituales de prospección arqueológica (Casado et alii 1985).

La combinación de factores geológicos, morfológicos y tectónicos, provocarán un problema de avenamiento de todo el territorio que terminará configurando un paisaje hidrológico en donde dominan las ramblas que desembocan en lagunas, de mayor o menor estacionalidad, que por su sustrato geológico serán generalmente de aguas salobres, como El Saladar de Higuera y los conjuntos lagunares de Horna, Pétrola, La Higuera y El Salobrar de Almansa, entre otros. Sólo la Laguna de San Benito de Almansa, mantendrá su lámina de agua dulce (Ponce 1989). Esta circunstancia, junto con la escasez de veneros y manantiales de agua dulce en la comarca, supondrá que el acceso al agua para consumo humano, y en especial para las sociedades ganaderas, un bien muy preciado y codiciado que terminará por ser determinante y estratégico para el poblamiento prehistórico de la zona.

La mayoría de las fuentes de manantial son de naturaleza kárstica y brotan en la línea de contacto entre el paquete de calizas y dolomías del Cretácico Inferior y las arcillas y margas de la Facies Utrillas (Ponce 1988). Las ramblas tienen un carácter intermitente y torrencial, con prolongados periodos de sequía interrumpidos por espasmódicas avenidas de valores excepcionales, que desaguan en el fondo de los valles, donde alimentan las lagunas endorreicas que se mantienen por la saturación de los niveles freáticos, el verdadero acopio y suministro hídrico de la zona.

El paisaje resultante será una cubierta vegetal de sabinares en la parte alta de los relieves, bosque de carrasca y coscoja en las laderas y los llanos más elevados, junto a manchas de pino mediterráneo y extensiones variadas de estepa y espartizal en la parte más meridional de la comarca. Entre estos pisos vegetales se abren pequeños bosques de ribera junto a las ramblas de caudal más constante. La vegetación de finales del Pleistoceno e inicios del Holoceno se ha visto profundamente modificada por las actividades humanas, en especial a partir de las sociedades productoras, con

especial incidencia de las ganaderas, que han provocado, tanto en tiempos prehistóricos como históricos, profundos y permanentes cambios en la cubierta vegetal.

Como no puede ser de otro modo, la fauna silvestre es la propia de estos ambientes, esencialmente ciervo, junto a bóvidos y suidos, cuyo principal depredador era el lobo. Serán sustituidos con el paso del tiempo por los rebaños de ovejas y cabras de los grupos ganaderos. Otras especies, como algunos equinos autóctonos, como las encebras, jugaran un papel menor, al igual que zorros, búhos, águilas, conejos, perdices y aves de los entornos lagunares.

En estos entornos geográficos las huellas del pasado, es decir el registro arqueológico, depende de factores geomorfológicos, como los ya señalados en relación a los procesos erosivos de los relieves de laderas y llanuras, de la deposición de los materiales arrastrados y con ellos de los restos de los asentamientos y útiles de los grupos humanos y en especial de las tareas agropecuarias desarrolladas por las generaciones humanas posteriores a lo largo del tiempo y hasta nuestros días. De todos ellos dos han modificado sustancialmente el territorio y con él las huellas del paso y de los asentamientos prehistóricos e históricos: la ganadería intensiva y la mecanización del campo.

Creemos que uno de los errores más habituales en los análisis de los modelos de ocupación del territorio es extrapolar el paisaje que hoy en día podemos observar al pasado, incluso al inmediato, al de hace unas pocas décadas, y deducir del mismo, junto a unas consabidas correcciones respecto al periodo a analizar, las posibilidades de explotación económica de sociedades cazadoras, recolectoras o agropecuarias. Allí donde se han podido efectuar análisis de los restos vegetales y la fauna de niveles prehistóricos de asentamientos humanos, nos muestran un paisaje con una cubierta vegetal más extendida, variada, y en ocasiones diferente, a la que hoy podemos apreciar y sobre el cual no se suele tener en consideración la capacidad de transformación humana, escasa en largos periodos de la Prehistoria y muy alta a partir de la explotación del territorio mediante la ganadería, el recurso principal de la comarca, tanto por el tipo de suelos, muy pobres excepto en vegas muy concretas y la climatología, extrema y con un grado de aridez importante.

La deforestación intensiva, abriendo claros en las áreas del bosque de encinar, mediante tala o quema para la agricultura y un pastoreo reiterativo, esencialmente de ovejas y cabras, conlleva habitualmente una incapacidad de regeneración de la cubierta vegetal que termina desnudando de forma irreversible el suelo de la zona, siendo posteriormente atacado por la erosión, principalmente por las lluvias torrenciales, dejando poco a poco un paisaje que se irá viendo privado de su vegetación autóctona (Ponce, 1989). Este proceso se intensificara, tal y como lo podemos apreciar en la documentación escrita, desde la Edad Media hasta los inicios del siglo XX. Una muestra del deterioro del medio y la capacidad productiva del suelo será la baja densidad poblacional, pese a lo cual no evitará intensos procesos de emigración.

Siguiendo los datos procedentes de la documentación histórica, como los censos, interrogatorios y relaciones topográficas, podemos saber los tipos de actividades y

cultivos a través de los informes declarados por los propios actores del momento. Pese a que durante la segunda mitad del siglo XVIII y especialmente en el siglo XIX se produce un aumento de la superficie de explotación agrícola, basada en el incremento de población, los medios empleados para las faenas agrícolas siguen siendo las yuntas de mulas y bueyes que poseen una escasa capacidad de apertura y roturación, circunstancia que cambiará radicalmente a partir de la segunda mitad del siglo XX con la mecanización de dichas tareas (Cano 2000).

II.- EL CAMINO DEL AGUA EN LA PREHISTORIA RECIENTE

El estudio de la distribución y características de los asentamientos de la Edad del Bronce en el Corredor de Almansa y las tierras de Montearagón (Simón 1986 y 2011), nos ha permitido documentar unos 226 yacimientos, es decir, lugares en donde se constata la presencia de restos de ocupación, más o menos continua o discontinua, de grupos humanos que por el momento se adscriben al II milenio a.C. Sus principales características son unos poblados que se emplazaban en lo alto de cerros y picos montañosos y una cultura material muy homogénea, con paralelos en otras áreas colindantes, como el Alto Vinalopó (Soler 1987) o el Altiplano de Yecla y Jumilla (Molina y Molina 1991).

Un reducido número, pero muy significativo, se caracterizan por unas estructuras tumulares edificadas sobre cuevas o pequeñas simas naturales que permiten acceder al nivel freático (Simón 1986). A diferencia de las documentadas en las comarcas centrales de Albacete (Fernández Miranda et alii 1990) y en Ciudad Real (Nájera y Molina 2004), en la comarca del Corredor de Almansa y Montearagón se encuentran emplazadas sobre pequeñas lomas naturales, por lo que su ubicación no es exactamente similar a las manchegas, pero evidentemente comparten la mayoría de las características que nos permitirían incluirlas grosso modo en el grupo de las «motillas». Los casos más significativos serían los de Fuensanta en Almansa (Fig. 2.2), Las Peñuelas en Pozo Cañada (Fig. 2.3) y la Morra o Mina de Don Ricardo de Tiriez, en el término de Lezuza. Otros yacimientos que se sumarían a estos serían El Acequión o la Morra del Salobral de Albacete (Fernández-Posee et alii 2008).

Lo más interesante es que parecen estar alineadas a lo largo de una de las tradicionales rutas de trashumancia ganadera, que cruza de este a oeste la actual provincia de Albacete, conectando las comarcas levantinas de El Vinalopó y La Costera con yacimientos similares de la provincia de Ciudad Real, como El Castillejo de Terrinches (Megías et alii 2014, 460) y el conjunto de motillas de la zona de Azuer (Nájera, Aguado y Molina 1977) (Fig.1). Los cuatro yacimientos albaceteños se encuentran próximos a la misma latitud, dispuestos a una distancia lineal similar, todos con las mismas características, emplazados sobre simas o cuevas en las cuales aflora el nivel freático de agua dulce, el cual se mantiene incluso durante el estío.



Figura 2.- 1. Vista aérea del Cerro El Cuchillo (Almansa, Albacete) y emplazamiento de la cisterna. 2. La Fuentesanta (Almansa, Albacete). 3. La Peñuela (Pozo Cañada, Albacete).

Los estudios sobre la cultura material de estos yacimientos apunta, pese a encontrarse en tierras aptas para la agricultura mediterránea de cereal, olivo y vid, hacia una actividad mayoritariamente ganadera, que permite desarrollar una cultura material donde son muy frecuentes los objetos realizados en hueso, como adornos, utensilios textiles, mangos de herramientas y armas como puntas de flecha y jabalina, a los cuales acompañan cerámicas para la elaboración de la leche, como encellas o queseras.

Todo parece indicar que nos encontramos ante grupos humanos con una actividad económica preferentemente ganadera, con desplazamientos anuales buscando los pastos más adecuados según la época del año, desde las zonas húmedas de la parte occidental de la provincia hasta otras de una climatología más suave durante el invierno. Para garantizar estos tránsitos disponen de una serie de establecimientos temporales y equidistantes que aseguren, especialmente en verano, el agua necesaria para ganados y personas. Estos movimientos por un amplio territorio darían explicación a las diversas influencias de los diferentes grupos culturales patentes en su cultura material, al tiempo que serían ellos mismos sería sujetos de transmisión de unos territorios a otros.

La importancia del agua para estas comunidades requirió de otras soluciones en los asentamientos más estables y sin un manantial o sima próxima que les permitiese garantizar el acceso al agua en verano. Un ejemplo constatado de estas estrategias lo encontramos en las excavaciones que durante una década se prolongaron en el yacimiento del Cerro del Cuchillo de Almansa (Fig. 2.1) (Hernández et alii 1994). El poblado ocupa el extremo de un tramo de la Sierra de Los Cuchillos, cortada por una rambla, que discurre a menos de 100 metros en línea recta y a una cota inferior de unos 25 a 30 metros. El cerro presenta una forma troncocónica con una plataforma superior irregular y alargada en dirección norte-sur, aproximadamente, 60 metros de largo y 20 metros de ancho con un desnivel de 3 metros. Posee un complejo sistema de acceso y defensa del poblado con escasos paralelos por el momento en los poblados de Castilla-La Mancha. Se identifican claramente tres líneas de construcciones exteriores, en cuyo interior encontramos una plataforma de planta rectangular emplazada en la parte más elevada del cerro. De ella parte una zona de paso a modo de calle que discurre por la cresta del cerro y a ambos lados de la misma se organizan los espacios habitacionales, constituidos por una sola estancia que puede estar compartimentada con elementos arquitectónicos como bancos, suelos a diferentes alturas, tabiques de maderos, etc. Todas las construcciones son de piedra arenisca de la zona, dispuesta horizontalmente y unida con argamasa de greda y cubierta a un agua de materiales vegetales.

Pese a situarse junto a una rambla, con un pequeño y exiguo caudal a lo largo de casi todo el año, en el interior del poblado, en su parte central y en la ladera occidental, se documentó una gran construcción con una planta de tendencia cuadrangular con esquinas redondeadas, que alcanza una profundidad de casi cuatro metros y que carece de vano de acceso o puerta, o escalera para bajar al fondo. Por algunos restos documentados en su interior parece que pudo funcionar como aljibe, si bien en algún momento del final del uso del poblado se abandonó en su interior los restos de dos cadáveres en unas disposiciones muy alejadas de los ritos de inhumación del momento, y numerosos restos de fauna, entre los que destacan las cornamentas de varios ciervos (Hernández et alii 1994).

Por los restos documentados en el poblado, tanto de instrumentos como de restos carbonizados de grano y restos de animales, la base económica del poblado era la típica agropecuaria, pero con la sutil diferencia de que la producción de grano

y recolección de vegetales y frutos silvestres era para autoconsumo y la ganadería tenía no solo la misión del abastecimiento de sus moradores, sino que era una reserva alimenticia que proporcionaba productos secundarios como la lana y la leche, al tiempo que producía excedentes con los cuales poder desarrollar un comercio de intercambio.

El principal inconveniente del aumento de la cabaña ganadera de ovejas y cabras es el abastecimiento de pasto y agua durante el estío, dado el clima de la zona y la escasez de recursos hídricos en superficie. Quizás esta imperiosa necesidad sea la que explique el emplazamiento de los principales poblados del momento, incluido el Cerro del Cuchillo, el control sobre los puntos de agua subterráneos y el trazado de las rutas de trasterminancia y trashumancia de la zona, que conducen desde los pasos del litoral mediterráneo al interior de las llanuras manchegas. Por todo ello creemos que se puede apuntar que el control y acceso al agua dulce fue el factor determinante e ineludible en la elección de los poblados del II milenio a.C. en el sureste de la Meseta, algo que continuará en etapas posteriores.

III.- EL AGUA ATESORADA DURANTE LA EDAD DEL HIERRO

Con el desarrollo de las sociedades complejas durante el I milenio a.C. y el desarrollo de entes habitacionales de gran tamaño, ya muy cercanos a concepto de urbe, el abastecimiento hídrico de sus moradores y ganados, que habían aumentado notablemente tanto en el número de cabezas como en su composición, hacen del agua un bien estratégico, del cual depende en gran medida las posibilidades del surgimiento de unas élites y su capacidad de generar unos sistemas de clientela social que les lleve al control de un amplio territorio.

La composición de la cabaña ganadera es cada vez más compleja, donde bueyes y équidos son cada vez más necesarios como fuerza de trabajo de la agricultura extensiva, el transporte, el comercio y la guerra, esta última con un valor social significativo, donde las élites hacen ostentación de su posición mediante el caballo, tal y como lo muestran los monumentos funerarios de Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez 1990). La cabaña de ovejas y cabras no hace sino crecer en número y por tanto en necesidades de pastos y agua, estando su tamaño en función del control que sobre el territorio ejercen las élites a las que pertenecen.

El caso más paradigmático de este momento lo constituye el Castellar de Meca (Ayora, Valencia), uno de los poblados ibéricos más importantes del Levante y el Sureste de la Meseta Sur. Sus elementos más peculiares son la topografía y la organización urbanística del poblado, su red de caminos, sus numerosos aljibes y depósitos de almacenaje, las puertas de la ciudad, sus fortificaciones complejas o su posible abrigo-santuario, sin olvidar su excepcional marco paisajístico (Fig. 3.1).



1



2



3

Figura 3.- Castellar de Meca (Ayora, Valencia) 1.- Vista de la ladera meridional. 2. Aljibe junto a las carriladas de la meseta superior. 3. Aljibe con mechinales de apoyo de la cubierta.

Situado a más de mil metros de altura, ocupa el espolón más occidental de la Sierra del Mugrón, un afloramiento rocoso de gran entidad, formado por calizas muy compactas, una superficie amesetada inclinada hacia el oeste, rodeada por fuertes desniveles que pueden llegar a los 150 m en la vertiente este y entre 50 a 100 en la oeste (Broncano 1986). Presenta una superficie de unas 15 ha y una forma alargada irregular, con una longitud este-oeste de 808 m y una anchura máxima de 314 m aproximadamente en la zona central, estrechándose hacia el este, donde se reduce hasta situarse en algo más de un centenar de metros.

Desde siempre ha sorprendido al visitante la monumentalidad de muchos de los elementos, entre los que destaca el conjunto de aljibes del poblado, más de un centenar, tallados en la roca, que si bien puede que no todos ellos serán de este momento, dado que se constatan en el poblado fases tardorepublicanas e islámicas, y algunos puede que sean viviendas, establos o almacenes, muchos sin duda son aljibes de época ibérica, como el llamado 'El Trinquete', con una capacidad de más de 2.000 metros cúbicos (Lorrio, 2011).

La ocupación principal del yacimiento es de época ibérica, cuyo máximo desarrollo se ha situado entre los siglos IV y finales del III-inicios del II a.C., momento en que sus investigadores sitúan el final violento de la ciudad prerromana (Broncano y Alfaro 1997), aunque algunas de las estructuras pudieran ser algo posteriores. La presencia de material fenicio, en su mayoría procedentes de la limpieza del 'Camino Hondo' (Broncano 1986; Pla y Bonet 1991), permitiría elevar la cronología del asentamiento al siglo VII a.C. (Soria 2000). Se trata pues de un oppidum o ciudad, cuya importancia justifica el que pudiera haber sido mencionada por las fuentes literarias de la Antigüedad, habiendo señalado Broncano (1986) la posibilidad de que pudiera identificarse con alguna de las ciudades bastetanas citadas por Ptolomeo, en concreto *Pucialia*, aunque en la actualidad no exista consenso al respecto (Lorrio 2011).

Los únicos puntos constatados de agua en toda la mole rocosa del Castellar de Meca son el pequeño afloramiento de agua de la 'Cueva del Rey Moro', sito junto a la entrada occidental de la ladera septentrional, que ha sido interpretada como un posible abrigo-santuario, y que apenas es capaz de llenar una pileta excavada en la roca, y la Fuente de Meca, a unas decenas de metros de la anterior y emplazada fuera del recinto amurallado a media ladera del extremo noroccidental, que se ha mantenido hasta nuestros días y abastece aún hoy en día a los ganados de la zona mediante la recogida de su caudal en un aljibe. El manantial y su aljibe sirvió en la Edad Media de marcador territorial entre los concejos de Alpera y Ayora y los reinos de Castilla y Aragón, circunstancia que nos muestra su singularidad e hito del paisaje de la zona.

Por tanto, la vida de una ciudad sita mayoritariamente en lo alto de la meseta y parte de la ladera septentrional, solo pudo darse mediante una solución artificial de recogida y almacenamiento de agua, aprovechando la desnudez de la roca, su naturaleza, impermeable salvo en algunos puntos y que por sus características y dureza facilita su excavación. De este modo se extiende por toda su superficie más de un centenar de aljibes, cuyo tamaño oscila, en el caso del 'El Trinquete', de los 29

m de longitud y 5 m de anchura y una profundidad que Zuazo Palacios (1916), estableció en 14 m, lo que supone más de 2.000 metros cúbicos de capacidad, hasta los que tienen unos dos metros cuadrados por un 1 m de profundidad. Muchos presentan canalillos de captación del agua de lluvia, llegando a identificar en algún caso un segundo aljibe situado a una cota inferior, permitiendo así recuperar el excedente del principal. Se ha constatado que en ocasiones los viales actuarían como captador de agua de lluvia, a través de los carriles de rodadura, y podrían en ocasiones actuar como aliviaderos del excedente de agua de los aljibes, que sería vertida al camino (Fig. 3.2).

Se han identificado dos tipos de aljibes: los de boca rectangular y ángulos redondeados y los de boca ovalada, con paredes en ambos casos algo cóncavas; además, se documentan otros depósitos, generalmente mayores, de boca rectangular y paredes más verticales, que pudieron ser almacenes, ya que poseen escaleras talladas y carecen de canalillos. Estas estructuras rupestres habrían estado cubiertas mediante un entarimado, como confirman los rebajes realizados en los laterales de las bocas (Broncano y Alfaro 1990) (Fig. 3.3). Por su parte, las pequeñas piletas podrían ser interpretadas como abrevaderos o pesebres.

Finalmente, un bien tan preciado como el agua no podía escapar de su uso ritual y religioso, circunstancia que parece quedar plasmada en la 'Cueva del Rey Moro', lugar que ha sido interpretado como un abrigo-santuario (Almagro-Gorbea y Moneo 1995; Moneo 2003). Si bien el abrigo queda al exterior del poblado, llegando a él a través de un estrecho pasillo; presenta forma ovalada levemente horizontal con unos 6 m de ancho, 2 m de alto y otros tantos de profundidad, ofreciendo en su interior, en la pared vertical del fondo, una formación kárstica de cierto aspecto antropomorfo y una salida natural de agua que vertía en el interior de una cubeta rectangular con rebosadero labrada en el suelo. Todo parece indicar que se podría tratar de un «santuario de entrada» relacionado con ritos vinculados al agua como elemento de purificación y de paso (Moneo 2003).

IV.- EL AGUA SANADORA EN LA ANTIGÜEDAD

El agua en el territorio de estudio se presenta en superficie y subterráneamente y por las características geológicas de la zona la mayoría suele ser salobre, donde destacan el complejo endorreico lagunar de Pétrola, El Salobrejo, Corral Rubio y La Higuera, emplazadas entre los 855 y los 900 m de altitud. Estos humedales se caracterizan por su naturaleza salina y su régimen estacional, marcado por el clima semiárido de la zona. Las aguas salitríferas pese a no tener valor para el consumo humano se han utilizado secularmente para otros usos, tanto económicos, como la explotación de sal, como sanitarios.

Los grandes rebaños de ganados, especialmente los que se dedican en parte a la producción láctea, necesitan sales para regenerar su pérdida durante el ordeño, obteniéndola del consumo de plantas halófitas de la ribera de estas lagunas o en ocasiones llegando a ingerir la costra salina que se genera en las riberas de las lagunas. En un territorio donde la ganadería ha sido la base económica de las sociedades preindustriales, la presencia de estas acumulaciones de sales ha sido fundamental para la citada producción de lácteos y sus derivados.

La obtención de sal depende en ocasiones de las concentraciones y la forma de aflorar en superficie, por lo que habitualmente se ha extraído de manantiales, como el de Fuentealbilla, siendo muy escaso el uso de las aguas de laguna, donde la concentración varía notablemente en función de las precipitaciones y la insolación, pese a lo cual parece que jugó un papel singular en etapas prehistórica, de la antigüedad e inicios de la Edad Media.

Por otro lado es conocido el papel curativo de las aguas salitríferas, especialmente de afecciones cutáneas, siendo habitual la instalación en sus proximidades de balnearios y santuarios. Las personas que acude a estos lugares de baño y/o santuario enfocan la curación, si esta se produce, desde dos perspectivas, la «científica», que tiene en cuenta las propiedades específicas de cada agua y su poder terapéutico, y la cura «milagrosa», en la que una divinidad actúa por medio del agua o bien la propia agua se estima con propiedades divinas. En el segundo caso el poder terapéutico proviene de la actuación de un principio imaginario que habita o se manifiesta en el agua. Aunque la medicina antigua ofrecía un modelo explicativo de la curación a través del agua que no necesitaba la intervención de poderes sobrenaturales, estos estaban presentes en el ánimo de los devotos. El santuario-balneario se convertía así en el lugar en el que la divinidad se manifestaba del modo más favorable, es decir, sanando. En ellos se han recuperado gran cantidad de exvotos (Peréx 2012: 132).

El mejor ejemplo de la zona es el yacimiento del Cerro de los Santos, sito en el término de Montealegre del Castillo (Albacete), en el límite con las tierras septentrionales de Murcia y Alicante. Se trata de un santuario viario, rico en agua con sales minerales procedentes del Barranco de la Rambla del Agua Salada, que tuvo una de las clientelas ibéricas más poderosa del momento (Fig. 4.1). Ubicado al pie del llamado Camino de Aníbal, vía natural de comunicación que unía el Levante y la Alta Andalucía, estuvo abierto a múltiples influencias culturales, especialmente entre los siglos IV y I a.C. que explican la diversidad tipológica de sus exvotos (Olmos, 1992) (Fig. 4.2).

Se desconocen los aspectos concretos del ritual, así como la organización interna del complejo religioso. Entre los siglos IV-III a.C., el santuario pudo organizarse, como otros espacios abiertos y santuarios contemporáneos, a elementos vinculados a la naturaleza, siendo el ejemplo más próximo el santuario ibérico de La Luz de Murcia (Lillo 1999: 172)

Las hipótesis relativas a su función ha oscilado desde su interpretación como enclave terapéutico hasta su consideración como núcleo geopolítico de diversas



Figura 4.- Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete). 1. Vista del Cerro de los Santos y del Arabí (Yecla, Murcia) en segundo plano. 2. Plano de Savirón 1875. 3. Propuesta de recreación. (M.A.N. Madrid). 4. Dama oferente del Cerro de los Santos (M.A.N. Madrid). 5 y 6 Damas del Cerro de los Santos (M.A.N. Madrid).

comunidades ibéricas. El Cerro de los Santos sufrió entre los siglos II-I a.c., como consecuencia del proceso de romanización, una importante transformación, momento en el cual parece que hay que vincular la edificación de un templo de aspecto monumental que antes posiblemente no tenía (Fig. 4.3). Se trata de un fenómeno escasamente conocido, aunque atisbado en otros santuarios como La Encarnación y La Luz, en Murcia.

Los centros de culto ibéricos han sido clasificados en tres categorías, loca sacra libera, santuarios y templos (Lucas 1979; Muriel 2002). Los santuarios pueden ser definidos como terrenos sagrados en los que se erige algún edificio, hecho éste que los diferencia de los loca sacra libera o lugares sagrados de carácter natural sin modificación humana.

El carácter sagrado no se debía en el caso del Cerro de los Santos a la presencia de una cueva o paraje singular especialmente bello, sino a una serie de depósitos de aguas salúferas, de aguas con un altísimo contenido en sales sulfatado-magnesiadas. La divinidad transmitía así al devoto la terapia a través del agua del lugar, ya fuera por medio de su ingestión, ya por medio de abluciones o de inmersión del paciente-devoto en ella.

Sobre estos elementos naturales se imponían después los artificiales, los que habían de convertir al lugar sacro en un auténtico santuario. Esto es, un edificio dedicado al culto, una serie de dependencias subsidiarias al mismo y una importante vía de comunicación que, discurriendo junto al Cerro de los Santos unía la Alta Andalucía con la costa levantina (Torija, 1999) (Fig. 4.4-6).

La ausencia de una «favissa» o depósito subterráneo y la seguridad de que los exvotos tenían un carácter sacro lleva a los investigadores a considerar que en el Cerro de los Santos las esculturas, exvotos y ofrendas eran depositados más o menos indiscriminadamente por los fieles sobre la superficie del promontorio y fuera del santuario, lo que explicaría su dispersión y estado de conservación, al ser retirados cada cierto tiempo. Las características de los exvotos nos hablan de una clientela aristocrática a partir del siglo IV a.C., que utilizan la religión en su favor, prestigiando su poder ante el resto, que logran a partir del siglo II a.C. imponer una política territorial que llegan hasta la periferia de sus dominios. Son la muestra de una sociedad altamente jerarquizada estructurada en torno a régulos locales, con atributos sacros, heroizados y divinizados después de su muerte.

Estas tradiciones de uso de aguas medicinales continuaron a lo largo de los siglos, llegando hasta hace unas décadas, cuando los habitantes de la comarca acudían a las lagunas del Saladar (La Higuera, Corral Rubio) o Pétrola, para recibir baños, que en ocasiones llegaban hasta los animales de carga, tiro y labor, para tratar las rozaduras y heridas que caballos, mulos y asnos se hacían en las tareas agropecuarias (Jordan y Conesa, 1992, 488).

V.- EL AGUA TRASHUMANTE EN LA EDAD MEDIA

La tradición historiográfica atribuye a los musulmanes la extensión e intensificación de los sistemas de riego en al-Andalus, afirmación bastante acertada pero basada esencialmente en el estudio de las grandes vegas de la mitad meridional de la Península Ibérica. Pero cabe plantearse que ocurrió en las zonas donde no existían cauces a partir de los cuales generar estos sistemas de ampliación de la superficie de cultivo mediante el riego, en donde desde hacía milenios la riqueza del territorio estaba en la ganadería y en el cultivo de la triada mediterránea y donde el agua es un bien escaso que generalmente hay que extraer del subsuelo y donde la integración e islamización de la población fue más lenta y tardía. La respuesta quizás la podamos encontrar en territorios como el objeto del presente trabajo, el sureste de la meseta, en concreto las tierras orientales de Albacete, donde el carácter rural prevalece sobre el urbano (Simón, 2011).

En época tardorromana y medieval, el sureste de la meseta fue un territorio rural con asentamientos especializados en la explotación agropecuaria de carácter familiar, clánicos o tribales. Los enclaves urbanos más próximos eran la madīna Sinçtilaya (Chinchilla), emplazada al Oeste, Iyyu(h) al-Sahal (el Tolmo de Minateda) al suroeste, mientras que al Este se encontraba madīna S^ʿāṭiba (Játiva), estando más alejadas madīna Qūnka (Cuenca) al Norte, madīna at-Turab o Balansīa (Valencia) al noreste, madīna Daniyya (Denia) más al Este y madīna Mursiya (Murcia) al sureste. Algunos autores han defendido que el núcleo de Villena tuviera el rango de medina, pues en el siglo XI se le menciona como tal, con la toponimia de Bilyāna, pero como es sabido el uso de términos en el mundo musulmán carece de reglas definidas y en ocasiones se menciona un mismo lugar como ‘amal-s, husun o medina, como fue el caso de Chinchilla (Mazzoli-Guitard, 2000).

La caminería fue, y ha sido, otra de sus constantes de la zona, por lo que la geopolítica a lo largo de la Edad Media determina periodos de aislamiento, como al parecer sucedió en las fases emiral y califal, frente a otros de un claro valor estratégico, en ocasiones singular, especialmente a partir del periodo taifal y almohade. En el periodo de vigencia de la Cora de Tūdmir el Corredor de Almansa queda en un área marginal respecto de los principales núcleos de población, citados en el pacto del conde Teodomiro con ‘Abd al-‘Aziz, en el 713, -Lurca (Lorca), Mula (El Cerro de la Almagra en Mula), Auryula (Orihuela), Laqant (Alicante), IIs (La Alcudia de Elche), Buq.sr.h (Cabezo Roenas de Cahegín), Balantala (Valencia) y Iyih (El Tolmo de Minateda) (Abad, Gutiérrez y Sanz, 1998)-. Las tierras orientales de Albacete quedan en una tierra de nadie, fronteriza y de difícil control por la falta de población en la zona, hecho que se verá nuevamente ratificado en las campañas militares del califa Abd ar-Rahman III en el 935 contra los rebeldes de Zaragoza. Él califa cordobés utiliza la ruta sur-norte, en el tramo albaceteño, a través de las Lagunas de Ruidera, Balazote, Chinchilla y Puente Torres, para atravesar el Júcar y dirigirse hacia el Norte. Similar ruta empleó el califa almohade Abu Yaçqub Yusuf en el 1172 contra Huete, el cual pasa por las Lagunas de Ruidera (Al-Gudur), Balazote (Balat Suf), Albacete (mary Al-Basit), para de ahí cruzar el Júcar (wadi Yazirat Suqar).

Como se puede apreciar en los tres momentos prima la ruta Sur-Norte, frente a la Oeste-Este, que quedará como una ruta de segundo orden hasta la conquista cristiana.

Estas circunstancias empiezan a cambiar durante el periodo taifal, a partir del siglo XI, cuando la caída de Córdoba condujo a una fragmentación política del territorio que generó nuevos intereses en contraposición de los que habían primado hasta el momento. Esto supuso la revitalización de rutas y vías, que hasta la fecha quedaban marginadas o eran secundarias, ante otras que hasta entonces habían sido consideradas más rápidas o habían sido primadas por el poder político en función de intereses geográficos concretos. Es en este periodo cuando el Corredor de Almansa y las tierras de Montearagón son la única salida terrestre de la Taifa de Denia a la antigua Vía Augusta, que unía el litoral Mediterráneo con la Alta Andalucía y, a través de la misma, con la Bética.

Uno de los principales papeles de las vías de la comarca fue su uso para la trashumancia comarcal y regional, base esencial de la economía de la comarca tal y como lo señalan las fuentes documentales, tanto islámicas como cristianas, clave en la producción y elaboración de la lana en las tierras albaceteñas, reflejada hasta en la toponimia -en la provincia de Albacete podemos citar la *rutba* o aduana relacionada con la lana de la cual surge La Roda-, la constante referencia a la elaboración de tapices de lana (*wata' as-suf*) en Chinchilla (*madinat Yinyala*), o el propio significado de Balazote (*Balat Suf*), calzada de la lana (Chavarría 2011).

Toda esta actividad se verá revitalizada tras la conquista cristiana y el alejamiento de la frontera, aprovechando rutas preexistentes islámicas para retomar y crear todo un sistema de cañadas, veredas, cordadas y coladas, que permitan el tránsito de ganados de forma franca desde los pastos de verano a los de invierno. Las principales cañadas que cruzarán la comarca, algunas usadas desde la Prehistoria, serán la Vereda Real de Los Serranos que, con dirección Norte-Sur, une el Sistema Ibérico con el Campo de Cartagena, pasando por Higuera, la parte oriental del actual término de Chinchilla, Bonete, Corral Rubio y Montealegre del Castillo. Es decir, comunica -para la comarca en estudio- el Valle del Júcar con el Altiplano Murciano. En sentido Oeste-Este, nos encontramos con la Vereda Real de Andalucía a Valencia, que atravesando la parte meridional del término de Chinchilla, llega a Bonete, pasa a Almansa donde se bifurca hacia Valencia, bien por Enguera o por el Puerto de Almansa hacia Fuente la Higuera, o bien se dirige hacia Alicante por Caudete y Villena en dirección hacia Salinas y Pinoso.

A nivel agrícola la población islámica, especialmente a partir de la llegada de grupos humanos beréberes del Magreb en los siglos X-XI, acentúa la puesta en cultivo de espacios irrigados, aprovechando las escasas posibilidades hídricas de la zona. Se trata de espacios escasos, emplazados en los fondos de los valles o cubetas, habitualmente con problemas de avenamiento, es decir, con riesgo de avenidas y encharcamiento, que pueden echar a perder cosechas y núcleos de población, circunstancia muy frecuente en la zona. Baste recordar la lucha mantenida por los almanseños con la Rambla de las Hoyuelas y cuyos antecedentes se remontarían a momentos islámicos, pese a que no han quedado constancia escrita (Simón y García,

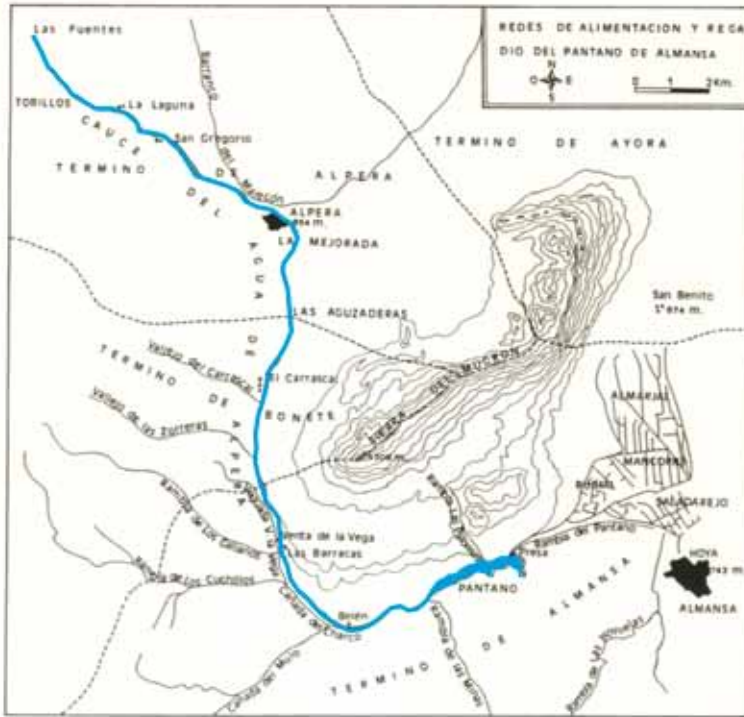
2006). Sin embargo, el aprovechamiento del nivel freático -como ocurre en Almansa, Bonete o Montealegre del Castillo- o la adecuación de las corrientes fluviales de fuentes y manantiales -como las de Caudete, Carcelén y Alpera, mediante, *qnat*, acequias, azudes y albercas, permiten el cultivo de cereales de regadío, hortalizas, determinados frutales y legumbres, con bastante producción y seguridad como para mantener de forma estable núcleos poblacionales de cierta envergadura, capaces de efectuar inversiones en infraestructuras que den rendimientos a medio y largo plazo. Su máxima extensión se alcanza en Caudete con las vegas desarrolladas a pie de la Sierra de Santa Bárbara. Otras de cierta envergadura serán las de Almansa, en el llano de La Huerta y El Hondo y la Vega de Alpera con epicentro en la actual finca de San Gregorio. El resto, como en Chinchilla, Montealegre, Bonete, Higuera o, Pétrola, son estrechas vegas a ambos lados del cauce de la rambla o arroyo, pero lo suficientemente prolongadas longitudinalmente como para atender las necesidades de la población de la época (Simón 2011).

El resto de las tierras, por el tipo de suelos, su altitud, sus pendientes o por su escasa roturación -que permite el mantenimiento de un bosque autóctono, esencialmente monte bajo, encinar y pinar- tiene como uso principal el aprovechamiento del pasto y la caza. En cuanto al pasto, el ganado de ovejas y cabras es, sin lugar a dudas, el mejor adaptado a las condiciones de la zona, tanto las climáticas, especialmente el verano, como al de tipo de vegetación que se puede aprovechar. Son unos pastos raquíuticos que les llevan a consumir subproductos de las actividades agrícolas, como los pámpanos de las vides, los barbechos y rastrojeras de los cereales, las matas de las leguminosas y en ocasiones excepcionales el esparto. En lo que a la caza concierne, se conoce perfectamente el mantenimiento de caza mayor de corzo, ciervo y jabalí hasta el siglo XVII, mientras que la caza ligada a las lagunas salobres de la zona, tanto aves residentes como migratorias, son citadas por su abundancia en los libros de montería de don Juan Manuel (Preter, 1992).

Pese a que ya ha quedado apuntado con anterioridad en otros periodos, es necesario señalar las posibilidades de explotación de la sal durante la Edad Media, procedente de las lagunas salobres, motivo por el cual en época cristiana son objeto del control de la hacienda real (Preter, 1992). Otros productos naturales de alto valor económico serán la grana, un insecto utilizado en el tinte de los famosos paños de lana de la zona, tal y como señalan las fuentes islámicas, en referencia a Chinchilla, que serán objeto de gravamen fiscal en época cristiana (Preter, 1981). También el esparto y la barrilla, para la fabricación de vidrio, serán otros de los productos naturales de este paisaje de monte bajo mediterráneo.

Los *qnat* o minados, tanto para la captación de aguas como para aumentar el caudal de los manantiales, fue la forma habitual en época islámica y posteriormente cristiana en busca del agua subterránea en la zona, hasta el punto de que más del 60% de las fuentes actuales tienen su origen en este tipo de explotación hídrica (López y Molina 2013). Las referencias documentales más antiguas sobre el sistema de riegos asociado a una galería son las de la Fuente de las Dos Hermanas de Alpera (Albacete), de la que se conoce una sentencia arbitral de 1458 sobre la

pugna mantenida entre los concejos de Chinchilla y Almansa por su control; y la de la Labor de Zucaña de Almansa (Albacete), de la que se conserva una copia de las ordenanzas para regular su distribución de 1625.



Redes de alimentación y regadío del Pantano de Almansa.

1



2



3

Figura 5.- 1. Plano de la Acequia de Alpera y la red de regadía a partir del Pantano de Almansa (Pereda 1986). 2. Acequia de Alpera a su paso por el Santuario de Belén (Almansa, Albacete). Balsa del Concejo (Almansa, Albacete).

La ampliación y minado de la Fuente de las Dos Hermanas de Alpera permitió la construcción, funcionamiento y regulación de la Acequia de Alpera (Fig. 5.1), una obra hidráulica única en su género, que aún hoy en día sigue en funcionamiento, permitiendo aumentar la productividad de unas tierras mediante la irrigación que posibilitó a su vez un incremento demográfico que llevó a Almansa y su entorno a convertirse en una de las principales villas del Señorío de Villena, siendo el principal motor económico durante la Baja Edad Media, tal y como han señalado autores como Pretel (1999) o Pereda (1986).

Quizás el hecho de que el trazado de la acequia no necesite salvar ningún gran desnivel importante que le hubiera obligado a crear acueductos góticos tan espectaculares como los de Morella, Játiva o Biar, sea la causa de la falta de reconocimiento como infraestructura histórica de singular relevancia.

Sus orígenes se enmarcan dentro de la dinámica de puesta en cultivo y repoblación de la dinastía Manuel desde finales del siglo XIII y la primera mitad del siglo XIV, situación que mejoró las condiciones de vida de sus vasallos además de incrementar sus propias rentas. Sus antecedentes están en las obras de captación y conducción de varias fuentes de Villena a Elche, y posteriormente a Elda, en 1276. La Acequia de Alpera se enmarca dentro de las políticas de expansión agrícola, y con ella recaudación de impuesto de don Juan Manuel, y quizás en paralelo -o con posterioridad al acuerdo de 1338 entre Almansa y Chinchilla para la construcción de la acequia y el reparto de su agua- se abre otro canal similar que desvía parte de las aguas del Río Balazote hacia Albacete. Este canal, conectado con otro de drenaje de la Laguna del Acequión, posibilitará la puesta en cultivo de tierras anegadas de Chinchilla y la creación de pequeños núcleos de población en sus márgenes (Pretel y Rodríguez, 1998), al igual que sucede en el paraje de San Antón de Almansa.

La construcción debió de ser rápida pues tres años más tarde del acuerdo con Chinchilla, los de Almansa podían ya pactar con los de Caudete el pago por el uso de los abrevaderos ubicados, al parecer, entre la Mejorada de Alpera y la actual presa del Pantano de Almansa (Fig. 5.2). Su caudal permitió la construcción de molinos hidráulicos, con los que moler el cereal de los extensos campos de la comarca, mediante albercas que aumentaban el caudal que movía los rodetes, subsanando de este modo la falta de pendiente. Si bien no todos debieron de surgir en momentos medievales, es muy posible que la mayoría estuvieran en funcionamiento a finales del siglo XV. De ellos conocemos la existencia de nueve molinos en Alpera y tres en el tramo de Almansa. En la Vega de Alpera se sitúan los molinos de las Fuentes, el Molino de Mancorra, el Molino de San Antón -actualmente conocido como Casa de Gil-, el Molino de Tobillos, el Molino o fábrica de harinas, el Molino de San Gregorio, el Molino de la Villa, el Molino Nuevo, el Molino de la Mejorada, el Molino de las Aguzaderas, y en Almansa los Molinos de las Barracas (Simón y García, 2006), el Molino de Galiano y el Molino de San Antón, vinculado a la capellanía de la iglesia de Santa María por don Juan de Otaza a principios del siglo XV, posiblemente en relación con un segundo intento de aumentar la puebla en la zona.

Finalmente, tendremos que sumarle los batanes, pieza clave de la transformación de la lana en paños, pese a la venta masiva de lana a otros territorios y las normas emitidas por don Juan Manuel (Pretel y Rodríguez, 1998). Desaparecidos hoy en día, sabemos de la existencia de un batanejo entre Alpera y la Mejorada, ubicado en la Rambla del Malecón, antiguo cauce de las aguas de Alpera antes de su desvío hacia Almansa en 1338, que le permitía recibir aguas de la acequia, emplearlas y desaguarlas lejos de la acequia principal, evitando su contaminación y los malos olores a la aldea de Alpera. Aparece citado a principios del siglo XIV y era, junto a Jorquera, el lugar donde la lana de Chinchilla se llevaba para su tratamiento.

Si bien la gran obra de traída de aguas a Almansa fue la Acequia de Alpera, no menos importante -y siguiendo posiblemente los resultados de la anterior- fue el aprovechamiento de las Aguas de Zucaña. Éstas se recogen en la Balsa del Concejo, denominación que ha perdurado hasta nuestros días y que permitía el abastecimiento de fuentes públicas y abrevaderos ubicados seguramente a la salida del Camino Real de Valencia y Alicante, servicio vital para un sector tan importante para la villa como el de los arrieros, uno de los negocios seculares y más lucrativos. También permitía el riego, a través del Arroyo o Acequia de Gobierno, de las huertas de El Real, denominación habitual de las tierras propiedad del rey, arrendadas a terceros en enfiteusis para su explotación (Piqueras y Gómez, 1986).

Su aprovechamiento, al menos para riego, debe de situarse en el siglo XV ya que en 1536 el Gobernador del Marquesado de Villena, don Miguel de Luxan, establece al Concejo de Almansa una serie de ordenanzas en las cuales señala la necesidad de agua.

Otrosi su tnerçed dixo que, por quanto el es informado que en los molinos que en el termino desta villa ay tienen sus açudes e los limpian los señores de dichos molinos a su costa, e si no les diesen e pusiesen dichos açudes alguna pena para que nyngund ganado pueda entrar en ellos ...Otroso, por quanto su merced fue ynformado que esta villa tienen en la partida de Çucaña, camino de Yecla termino de esta villa, ciertas fuentes de agua manantiales que tan, cerca unas de otras, la qual viene a la fuente e abrevador desta villa donde los vezinos della para beber (Pereda, 1987).

VI.- EL AGUA URBANA EN LA EDAD MODERNA

En el siglo XVI los numerosos privilegios de Felipe II y Felipe III nos dan idea de la pujanza y prosperidad de Chinchilla de Montearagón (Pretel, 1992). Se trataba de la principal ciudad del Marquesado de Villena, cruce de los caminos del Levante con el centro peninsular y camino hacia la Alta Andalucía. El siglo XVI es sin duda el de su mayor esplendor, tal y como lo prueba el importante patrimonio urbano, donde compiten edificios religiosos y civiles impulsados por un importante

número familias nobles e hidalgas, propietarias de extensas fincas agrícolas, donde la ganadería local y la trashumancia a través de la Cañada de los Serranos, principal vía de tránsito entre los montes de Cuenca y el Campo de Cartagena, genera para el concejo y sus cargos, una elevadas rentas que se invierten en casonas blasonadas y palacios urbanos. Pero el problema del suministro de agua para las personas, animales y actividades, como el textil y la alfarera, seguían siendo un reto a resolver desde que, al menos desde la Prehistoria Reciente, se habían asentado la población en lo alto del Cerro de San Blas, un macizo serrano que domina los Llanos de Albacete, donde no existe cursos fluviales, se da una amplia extensión de lagunas salobres y la única solución para el abastecimiento de agua dulce proviene de su acumulación en aljibes o la excavación de profundos pozos.

Hasta la construcción de los depósitos municipales en la parte alta de la ciudad en la primera mitad del siglo XX, alimentados mediante caudales procedentes de pozos en el llano que son impulsados por motores eléctricos, la única solución para el abastecimiento de agua a la ciudad de Chinchilla fue la combinación de aljibes, el ocasional uso de unos escasos y limitados pozos dentro de la trama urbana y sobre todo el transporte mediante azacanes cargados de tinajas y cántaros que toman el agua para «boca» de las fuentes y aljibes existentes en el vallejo existente entre los cerros de San Blas y San Cristóbal, en la cabecera de la Rambla de la Huerta.

Las principales actividades artesanales y comerciales de Chinchilla eran la arriería, la trashumancia, el textil y la alfarería, y todas ellas requerían de un alto consumo de agua para su funcionamiento y desarrollo. La posta de la ciudad, en el camino hacia Madrid y el Levante peninsular, necesitaba del agua para abastecer al intenso tráfico arriero que transitaba por el Camino Real, tanto de reatas de caballerías como de personas, que usan las ventas y posadas para las tareas de posta, además de ofrecer seguridad al viajero y las mercancías, frente a los seculares peligros del viaje. Además en determinadas épocas del año importantes contingentes de ganado cruzan el alfoz de la villa en su migración anual y todas ellas, tanto las que circulan de oeste a este, por la Cañada de Andalucía, como las que va de noroeste a sureste por la Cañada de Los Serranos, pasan al pie de la ciudad, generando una importante riqueza pero requiriendo de agua para sus ganados (Díez 2004: 829).

Las dos principales actividades artesanales de la villa, la fabricación textil de paños y alfarería de pucheros y cántaros, necesitaban de importantes contingentes de agua. La fabricación de textiles a partir de la lana de oveja necesita de los batanes para lavar la lana y posteriormente proceder a su tintado para darle color oportuno antes del hilado, por lo que no es de extrañar que el bataneo se realice en el cauce del río Júcar, a su paso por el término de Chinchilla, a unos 28 km de distancia (Sánchez et alii 1982) y el tintado al pie de la ciudad, aprovechando un manantial de la ladera occidental del Cerro de San Cristóbal, del cual hoy en día se conserva el topónimo.

La actividad alfarera necesita el agua para los tratamientos de las arcillas locales, su depuración y amasado (Sánchez, 1989), para lo cual emplea los manantiales del pie del Cerro de San Blas. De ambas actividades queda constancia toponímica en

el plano de Francisco Coello de Chinchilla, fechado en 1876, donde aparece en el entorno de la ciudad la Fuente de los Aljibes, junto a la cual esta el paraje de Los Tintes, el camino de Los Baños, el Tejar, la Fuente del Pilar, el Baño, etc.

Otros vestigios de la lucha contra esta escasez hídrica han quedado diseminados por toda la ciudad y su entorno y son un testigo de un problema que llega hasta nuestros días. Podemos diferenciar las soluciones adoptadas en dos grupos: dentro de la ciudad, entendido este ámbito como el existente dentro de murallas y en su entorno inmediato, es decir, la base geológica del cerro sobre la que se asienta la ciudad, y en su alfoz o término.

Dentro de la ciudad su fortaleza es quizás el máximo ejemplo de los sistemas adoptados para el suministro y almacenamiento del agua. Desde sus orígenes el castillo contó con aljibes como único sistema de abastecimiento. Dos de ellos se emplazan en el centro de la fortaleza, siendo los de mayor capacidad, otro asociado a la torre del homenaje y dos menores excavados en el foso del castillo (Izquierdo 2011, 197).

El aljibe de mayor se encuentra casi en el centro de la fortaleza, excavado en la roca con una planta rectangular y cubierto con una bóveda de cañón de ladrillo, de unos treinta metros cuadrados y diez de altura, es decir unos 300 m³ de agua. Se encuentra forrado por un muro de ladrillo de casi un metro de espesor, que a su vez presenta un revestimiento de óxido de hierro, resina de lentisco y arcilla roja, que mejora el mantenimiento del agua y reduce el proceso de putrefacción. Junto al aljibe principal se señala la existencia de un pozo, que su uso o fue efímero o infructuoso en la búsqueda de agua, lo que llevo a su reconversión en polvorín en la última fase del uso militar de la fortaleza.

El de la torre del homenaje se encuentra en un apéndice en su lado suroriental y se diseñó y ejecutó al unísono que la torre en el tercer tercio del siglo XV, por orden del Marqués de Villena don Juan Pacheco. Esta excavado en la roca, posee unos cinco metros cuadrados, ha perdido la parte superior y presenta un revestimiento de cal hidráulica y almagra.

Con el fin de aprovechar el almacenamiento natural de agua en el foso del castillo, construido en la reforma de la segunda mitad del siglo XV, se excavaron dos aljibes, al parecer en el siglo XIX en el contexto del conflicto de inicios del siglo XIX. Ambos presentan una planta rectangular ligeramente ovalada y una sección troncocónica, con 5,20 y 4,20 metros de profundidad y carecen de revestimiento para su impermeabilización, lo cual se ha relacionado con su uso exclusivo para animales (Izquierdo 2011).

En la ciudad las soluciones fueron muy similares a las de la fortaleza, especialmente las viviendas con patio interior, a las cuales vierten las cubiertas, lo que aumenta la superficie de captación de agua que se conduce hacia un aljibe excavado en la base geológica que posee un brocal para poder extraer su contenido cómodamente. Sin embargo, fue habitual el oficio de azacán o aguador, el cual transporta con mulas cantaros de agua que cargaba en las fuentes de la parte baja de la ciudad,

en especial de la vertiente occidental del cerro de San Cristóbal, en la Fuente de los Aljibes alimentada por un manantial, y que por lo general era de mejor calidad que la almacenada en los aljibes domésticos, empleada para otros usos cotidianos.

El suministro y acumulación de estas aguas de manantial, cuyo caudal se aumentó mediante minados o *qnat*, se almacenaba en grandes depósitos excavados en el subsuelo. Los mayores se encuentran junto al camino viejo de Madrid a Valencia, a su paso por el collado que existe entre los cerros de San Blas y San Cristóbal, en la calle Arenal, donde se encontraban la mayoría de las posadas. Su construcción debió correr a cargo del concejo municipal, al igual que su mantenimiento. Poseen un revestimiento interior de sillería forrada con mortero de cal hidráulica y almagra y unos brocales de pieza de planta ortogonal, junto a los cuales se emplazan dos sillares con un hueco semiesférico para alojar los cántaros.

Al otro lado, en la ladera occidental del cerro de San Blas, se encuentra la Fuente del Pilar, junto al camino que desde Albacete lleva a Chinchilla y a la vieja carretera de Valencia por Almansa. La fuente posee el diseño clásico de las fuentes públicas del renacimiento, con un muro de donde salen varios caños que vierten en un pilón o abrevadero alargado y rectangular, que una vez lleno rebosa por un aliviadero que lleva el agua hacia los campos colindantes. Junto al resto de caminos que salen de la ciudad se emplazan pozos, como el del Camino de Balazote, que se suministran del nivel freático y tienen junto a ellos pilones para el ganado y las caballerías.

Finalmente cabe señalar el intento de aprovechar las aguas de avenida, especialmente las procedentes de las tormentas de verano, o como se les denomina ahora, de fuerte intensidad horaria, en las cuales los agricultores veían destrozadas sus cosechas por la inundación o el pedrisco y los ganaderos como se perdía en unas horas una gran cantidad de agua que podría servir para dar de beber a sus ganados durante semanas. El modo natural de acumulación de estas aguas era en las navas o navazuelas, depresiones naturales con un suelo en parte impermeable, que permitía a los ganados abrevar mientras el agua no se filtraba o evaporaba.

Con el fin de mejorar, aumentar y controlar este tipo de avenidas para su aprovechamiento, a unos escasos cuatro kilómetros de Chinchilla, junto al camino viejo de Albacete, frente a la Venta de la Paloma y el Cerro de los Pastores, en el paraje de La Losilla (Fig. 6), topónimo que parece que hace referencia a un enlosado o empedrado del camino o a que las avenidas habían dejado al descubierto el estrato rocoso, se encuentra la balsa o presa de La Losilla, junto a la aldea del mismo nombre, si bien hoy en día ha quedado entre dos trazados de ferrocarril.

En la parte baja y final del ramblizo se construyó un embalse de planta circular de 29 m de diámetro y 3 m de profundidad, revestido de mampostería de piedra caliza (Fig. 7.1-3), por lo que su capacidad sería de casi 2000 m³ de agua (2.000.000 litros). El agua se recogía mediante una manga o calle de planta troncocónica consistente en dos muros de mampostería que a modo de embudo recoge las aguas que bajan por la rambla (Fig. 7.4) y las conduce hacia el interior del embalse mediante un canal subterráneo (Fig. 7.6) que es regulando por varias boqueras realizadas en



1



2

Figura 6.- Emplazamiento de La Losilla (Chinchilla, Albacete) en la cartografía 1:50.000 de 1898. Fotografía aérea del PNOA 2012.



Figura 7.- La Losilla (Chinchilla, Albacete). 1 Vista general. 2. Fachada meridional. 3. Vista del interior del depósito. 4. Restos de la base de la manga. 5. Detalle de la salida de la conducción subterránea a la balsa. 6. Conducción subterránea hacia la balsa.

sillares de caliza donde encaja una paleta o tablón. Esto permite que el agua pase por debajo del muro perimetral, de 30 m de lado, realizado en tapial de tierra, lo que obliga a realizar una coronación a dos aguas con tejas curvas para evitar su erosión. Para controlar la erosión del caudal entrante en la balsa, se instaló en la pared del depósito un sillar en forma de U a modo de caño, que nos indica el nivel hasta el cual se llenaba la balsa (Fig. 7.5). Para evitar que los arrastres de lodos terminasen por colmatar la acequia y el depósito, se construyó una balsa de decantación constructivamente similar al embalse o alberca, pero debió de ser insuficiente durante alguna de las avenidas de agua, pues quedó anegada de barro. La cerca indica un uso restrictivo o privativo del agua, por lo que pudo ser o una iniciativa privada, de una agrupación de ganaderos, o del concejo municipal, el cual esperaba cobrar un canon por su uso.

Su origen y su abandono están por determinar, pero se vio afectado por la construcción en 1858 de la línea del ferrocarril, por lo que lo podríamos situar su realización entre finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Las prospecciones arqueológicas de la zona han constatado la existencia de un asentamiento de época romana, lo que nos indica la importancia del lugar, donde quizás con antelación ya existía un recurso, seguramente el agua, vital para las caballerías y viajeros por la zona.

VII.- CONCLUSIÓN

La máxima biológica de que «sin agua no hay vida o no hay vida sin agua» no solo es cierta sino que si entendemos a nuestra especie como un ente eminentemente social, el agua es un recurso imprescindible, aunque su presencia sea mínima, como en los desiertos, o máxima, como en los polos, pero sin ella los humanos no podemos existir como ente colectivo, por lo que su estudio y análisis es fundamental para aproximarnos a las motivaciones, características y circunstancias en las que se vieron envueltas las comunidades de un determinado territorio. En nuestro caso, en el ámbito aquí analizado, es sin lugar a dudas el factor determinante para entender aspectos como la elección de los lugares habitados, en muchas ocasiones las causas de su posterior abandono, las actividades económicas que se dieron en ellos y su entorno, con sus posibilidades y limitaciones, la densidad que podía soportar el medio y muchos de los cambios que acontecieron a lo largo de los siglos.

El sureste de la Meseta y más concretamente las tierras orientales de Albacete se caracterizan por carecer de cursos permanentes de agua, quedando enmarcadas entre el Cañón del Júcar, cuyo tránsito encajado impide cualquier tipo de desvío de parte del caudal, y el río Segura, delimitado por relieves que le obligan a alejarse hacia el sureste peninsular. Entre ambos un altiplano salpicado de lagunas salobres, manantiales de escaso caudal y un nivel freático oscilante que igual aflora en

superficie que se retrae a cotas que dificultan su acceso y extracción. Para habitar este espacio las comunidades humanas tuvieron que desarrollar estrategias variadas y complementarias, aumentando el caudal de los manantiales mediante minados subterráneos o *qnat* y aljibes alimentados por fuentes o el agua de lluvia, llegando a intentar aprovechar las aguas de riada. Estas condiciones, junto a las climáticas y geológicas, suponen la imposibilidad de una agricultura de regadío, que se limita a las estrechas, cortas y escasas vegas, por lo que la producción fue, y aún hoy en días es, la triada mediterránea. Sin embargo, el medio es óptimo para la ganadería mediterránea, especialmente de oveja y cabra, que ha sido, junto con la elaboración de los productos secundarios como la lana y la leche, el principal recurso y motor económico de sus pobladores. A ello se le suma el tránsito de viajeros, mercancías y ganados, al ser una de las zonas de conexión entre el interior y la periferia peninsular, pero que requieren de unas infraestructuras y servicios donde el agua es imprescindible para bestias y personas.

Como se habrá podido comprobar, la sucesión de los cambios culturales desde la Prehistoria hasta la actualidad, se han ido sucediendo de forma paralela a la de otros territorios próximos, pero sin lugar a dudas el recuso del agua ha supuesto un condicionante que solo ha podido ser paliado mediante ingeniosas y oportunas soluciones que han permitido atenuar su escasez y características, algo que solo las comunidades humanas como colectivo son capaces de afrontar.

VIII.- BIBLIOGRAFÍA

- Almagro-Gorbea, Martín y Moneo, Teresa, «Un posible abrigo-santuario en Meca (Ayora, Valencia)», *Homenaje a A. M.^a Muñoz Amilibia. Verdolay*, 7, 1995, págs. 251-258.
- Blánquez Pérez, Juan, *La formación del mundo ibérico en el sureste de la meseta (estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete)*, Instituto de Estudios Albacetenses, 1990.
- Blánquez Pérez Juan, *El Mundo Ibérico: Una nueva imagen en los albores del año 2000*, Catálogo de la exposición, Toledo, 1995.
- Broncano, Santiago y Alfaro, M.^a del Mar, «Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de Meca (Ayora, Valencia)», *Excavaciones Arqueológicas en España*, nº 162, Madrid, 1990.
- Broncano, Santiago. y Alfaro, M.^a del Mar, *Los accesos a la ciudad ibérica de Meca mediante sus caminos de ruedas*, Serie de Trabajos Varios del S.I.P., nº 92, Valencia, 1997.

- Broncano Rodríguez, Santiago, «El Castellar de Meca. Ayora (Valencia), Textos», *Excavaciones Arqueológicas en España*, nº 147, Madrid, 1986,
- Cano Valero, Juan (Coord.), *Historia de la provincia de Albacete*. Albacete, Ed. Azacanes, 2000.
- Carrasco Serrano, Gregorio, «Notas sobre el poblamiento romano en el ámbito provincial de Albacete». *II Congreso de Historia de Albacete, Vol. I*, Albacete, 2002, págs., 213-218.
- Casado Moragón, Fuensanta; García Bleda, Antonio; Sarrío Tierraseca, Antonio; Cruz García, Jesús; Andrés Gallego, María Rosa; Navarro, Enrique; Serrano Navarro, Javier. y González Gómez, Jacinto, «Aproximación al estudio geográfico de zonas de interés arqueológico en el área de Montearagón-Almansa». *Al-Basit* nº 17, Albacete, 1985, págs. 63-84.
- Chavarría Vargas, Juan Anatonio, *Cuando Castilla-La Mancha era Al-Andalus. Geografía y Toponimia*, Ed. Almud, Toledo, 2011.
- Diez Sanz, Enrique, «Ganadería trashumante, poder económico e influencia institucional: las compañías de ganado en la Meseta Oriental durante el reinado de Felipe II», *VIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Coord. por Francisco José Aranda Pérez, Vol. 2, Madrid, 2004, págs. 823-832.
- Espejo Muriel, Carlos, «El espacio religioso en el sur peninsular». *Iberia: Revista de la Antigüedad*, Nº 5, 2002, págs. 79-112.
- Fernández Miranda, Manuel; Fernández-Posse, María Dolores; Gilman, Antonio y Martín, Concepción, «La Edad del Bronce en la Mancha Oriental», *Symposium sobre la Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990, págs. 243-290.
- Fernández-Posse, María Dolores; Gilman, Antonio; Martín, Concepción y Brodsky, Michel, *Las comunidades agrarias de la Edad del Bronce en La Mancha Oriental: (Albacete)*. Madrid, CSIC. 2008.
- Gamo Parras, Blanca, «De Hispania a Al-Andalus: época romana y visigoda en las tierras de Almansa». *Jornadas de Estudios Locales nº 9*, Almansa, 2011, págs. 143-165.
- Hernández Pérez, Mauro; Simón García, José Luis y López Mira, José Antonio, *Agua y Poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*. Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha nº 9. Albacete, 1994.
- Izquierdo Mecía, Daniel, «El Castillo de Chinchilla de Montearagón», *Al-Basit* nº 56, págs. 170- 204, Albacete. 2011.
- Jordán Montes, Juan Francisco y Conesa García, Carlos, «Aguas termales y minero-medicinales en el valle bajo del río Mundo (Hellín, Tobarra, Albacete)», *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie II, Historia antigua, Nº 5, Madrid, 1992, págs. 483-514.

- Lillo Carpio, Pedro Antonio, «Notas sobre el templo del Santuario de La Luz (Murcia)», *Anales de prehistoria y arqueología*, N° 9-10, Murcia, 1993-1994, págs. 155-174.
- López Sanz, Gabriel y Molina Cantos, Raúl, *Inventario de fuentes y manantiales del término municipal de Almansa (Albacete)*, Almansa, Universidad Popular, 2013.
- Lorrio Alvarado, Alberto, «El Castellar de Meca: anatomía de un *oppidum* ibérico», *Jornadas de Estudios Locales nº 9*, Almansa, 2011, págs. 93-141.
- Lucas Pellicer, María Rosario, «Santuarios y dioses en la baja época ibérica», *La Baja Época de la Cultura Ibérica*, Madrid, 1979, págs. 233-293.
- Mazzoli-Guintard, Christine, *Ciudades de Al-Andalus. España y Portugal en la época musulmana (s.VIII-XV)*, Toledo, Ed. Almed, 2000.
- Mejías Moreno, Manuel; Benítez De Lugo Enrich, Luis; Del Pozo Tejado, José. y Moraleda Sierra, José, «Los primeros aprovechamientos de aguas subterráneas en la Península Ibérica. Las motillas de Daimiel en la Edad del Bronce de La Mancha», *Boletín Geológico y Minero*, Vol. 125, N° 4, Madrid, 2014, págs. 455-474.
- Molina, María de la Concepción y Molina, Jerónimo, *Carta arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990*. Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 1991.
- Moneo Rodríguez, Teresa, «Religión Ibérica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)», *Bibliotheca Archaeologica Hispana* 20, Madrid, Real Academia de la Historia, 2003.
- Mora Moreno, Julián de y López Ros, Joaquín, «Itinerarios geológicos de la provincia de Albacete: Fuente-Álamo, Montealegre del Castillo, La Higuera, Corral-Rubio, Higuera, Almansa». *Al-Basit* nº 24, Albacete, 1988, págs. 153-203.
- Nájera, Trinidad; Aguayo, Pedro y Molina, Fernando, «La Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) Campaña de 1979», *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada*, N° 4, Granada, 1979, págs. 265-294.
- Nájera, Trinidad y Molina, Fernando, «Las Motillas: un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha», *La Península Ibérica en el II milenio A. C.: poblados y fortificaciones*, coord. por Rosario García Huerta, Francisco Javier Morales Hervás, Granada, 2004, págs. 173-214.
- Olmos Romera, Ricardo, «Iconografía y culto a las aguas de época prerromana en los mundos colonial e ibérico». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, t. V, 1992. Madrid, págs. 103-120.
- Pereda Hernández, Miguel Juan, *La construcción de la presa del Pantano de Almansa y el desvío de la Rambla de las Hoyuelas*, Almansa, Cuadernos de Estudios Locales nº 1. 1986.

- Pereda Hernández, Miguel Juan, «Pugna entre los concejos de Chinchilla y Almansa por las aguas de Alpera. Mediación de don Juan Pacheco y Sentencia Arbitral de 29.09.1458», *Congreso del Señorío de Villena*, Albacete, 1987, págs. 275-282.
- Peréx Agorretau, María Jesús, «Uso terapéutico del agua en época romana: el caso de Navarra», *Trabajos de Arqueología de Navarra* 24, Pamplona, 2012, págs. 131-141.
- Piqueras García, Rafael y Gómez Cortes, Jesús, *Las inundaciones en Almansa. Un fenómeno repetido a lo largo de la Historia (1570-1986)*, Cuaderno de Estudios Locales nº 2. Asociación Torre Grande. Almansa, 1986.
- Pla, Enrique y Bonet, Helena, «Nuevos hallazgos fenicios en yacimientos valencianos (España)». *Festschrift für Wilhelm Schiile zum 60. Geburtstag überreicht von Schülern und Freunden. Veröffentlichung der Vorgeschichtlichen Sonderband, 6. Seminars Marburg. Internationale Archäologie, 1. Marburg*, 1991, págs. 245-258.
- Ponce Herrero, Gabino, «La circulación de las aguas y las dificultades de avenamiento en el corredor de Almansa», *Investigaciones Geográficas*, 6, Alicante, 1988, págs. 33-48.
- Ponce Herrero, Gabino, *El corredor de Almansa: estudio geográfico*, Instituto de Estudios Albacetenses. Núm.40. Albacete, 1989.
- Pretel Martín, Aurelio, *Almansa Medieval. Una villa del señorío de Villena en los siglos XIII, XIV y XV*, Almansa, 1981.
- Pretel Martín, Aurelio, *Chinchilla Medieval*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1992.
- Pretel Martín, Aurelio, «Edad Media». *Historia de la Provincia de Albacete*, Albacete, Ed. Azacanes. 1999, págs. 93-227.
- Sánchez Ferrer, José, *El alfar tradicional de Chinchilla de Montaragón*. Instituto de Estudios Albacetenses, 1989.
- Sánchez Ferrer, José; Cano Valero, José y De Luna Campos, Manuel, *La manufactura textil en Chinchilla durante el siglo XV, según algunas ordenanzas de la ciudad*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1982.
- Simón García, José Luis, «El Cerrico Redondo (Montealegre del Castillo), Las Peñuelas (Pozo Cañada-Chinchilla) y La Mina de don Ricardo (Tiriez-Lezusa). Tres yacimientos de la edad del Bronce en Albacete», *Lucentum* V, Alicante, 1986, págs. 17-44.
- Simón García, José Luis, *La Edad del Bronce en Almansa*, Albacete, I.E.A, Serie estudios nº 34, 1987.
- Simón García, José Luis, *Castillos y Torres de Albacete*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, Nº 200, 2011.

- Simón García, José Luis, «El poblamiento islámico en el Corredor de Almansa y las tierras de Montearagón: los andalusies olvidados», *Jornadas de Estudios Locales nº 9*, Almansa, 2011, págs. 167-266.
- Simón García, José Luis, y García Sáez, Joaquín, «Arquitectura Gótica en Almansa». *XII Jornadas de Estudios Locales*, Almansa, 2006, págs. 23-124.
- Soler García, José María, *Excavaciones arqueológicas en el Cabezó Redondo (Villena, Alicante)*. Villena, Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», 1987,
- Soria Combadiera, Lucía, *La cultura ibérica en la provincia de Albacete. Génesis y evolución a través del estudio del doblamiento*, Tesis Doctorales. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca. (Edición en microficha), Albacete, 2000.
- Torija López, Alicia, *Creencias, símbolos y ritos religiosos*, Pieza del Mes, Ciclo 1999-2000. Museo Arqueológico Nacional, Madrid, 1999.
- Zuazo Palacios, Julián, *Meca (contribución al estudio de las ciudades ibéricas) y Noticia de algunos descubrimientos arqueológicos en Montealegre (Albacete)*, Madrid, 1916.